

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LA BONDAD

Mi amiga Pepa Fernández me invita a su programa *No es un día cualquiera*, para hablar sobre la bondad. Estas tertulias me producen siempre un sentimiento de satisfacción e incomodidad. Al conversar sobre un tema con personas inteligentes se me ocurren muchas cosas (esto es lo agradable), pero se me ocurren después de la conversación (y esto es lo incómodo). Sé entonces lo que debería haber dicho y no dije. Los france-

ses llaman a esto “esprit d’escalier”, ingenio de escalera. De escalera de bajada, claro. Me parece importante reivindicar la bondad, recuperar su perfil creador y valeroso, el que conocían los antiguos griegos, para quienes la excelencia de la vida era *kalós kai agathós*, la belleza y el bien. Bondad era la excelencia humana. Ahora, en cambio, ser bondadoso despierta una imagen confortable y blanda, de perro San Bernardo.

No es así como entiendo la palabra. Creo que la bondad es la gran creación de la inteligencia humana, su plenitud. Suelo defender esta idea en congresos de psicología, y mis colegas me miran sorprendidos, pensando que he dicho una broma. Pues no es así. Lo digo completamente en serio. La función principal de la inteligencia es resolver problemas. Cuanto más complejos, universales, urgentes sean, con más intensidad se tendrá que

aplicar la inteligencia. Pero los problemas más difíciles y dramáticos son los que afectan a la felicidad personal y a la dignidad de la convivencia. En ellos se mezclan intereses opuestos, expectativas, deseos, miedos, ambiciones. La gran inteligencia es la que encuentra solución a estos conflictos.

Pero no basta con conocer la solución. Es preciso ponerla en práctica, porque es en ese momento cuando van a aparecer los verdaderos problemas. La teoría es fácil. La práctica es lo difícil. Cuentan que un senador estadounidense decía: “El proble-

PARA LOS GRIEGOS, LA BONDAD ERA LA EXCELENCIA HUMANA; HOY NOS RECUERDA MÁS A UN SAN BERNARDO

ma entre judíos y palestinos es muy fácil de resolver: basta con que todos se comporten como buenos cristianos”. Sin llegar a esta ingenuidad, puede ocurrir que las soluciones teóricas no sirvan en la práctica. A mediados del siglo pasado hubo en China una plaga de ratas que se comían las cosechas de arroz. El gobierno chino, que no tenía dinero para una

campaña de desratización, tuvo una ocurrencia teóricamente impecable: “Somos mil millones de chinos. Si cada uno matamos unas cuantas ratas, acabamos con la plaga en un santiamén”. Para animar a la cacería, decidieron que se daría una pequeña propina por cada cadáver de rata que se presentara. Era una solución rápida y sencilla. Pero no contaron con que los campesinos echaron cuentas y vieron que era más rentable criar ratas que sembrar arroz. Metían los especímenes en jaulas, esperaban que la naturaleza obrase, hacían la matanza, y a cobrar. La medida fracasó.

Así pues, la gran inteligencia consiste en encontrar soluciones acertadas para los problemas de más envergadura –los que se refieren a la felicidad y a la dignidad–, y en tener la valentía, la tenacidad y el talento para ponerlos en práctica. En esto consiste la bondad, que deja de ser manifestación de pusilanimidad, para convertirse en la gran creación de la inteligencia. *Quod erat demonstrandum*, que decían los filósofos latinos: Que era lo que quería demostrar. ■



Raúl